

Sobre el estado del alma

COLECCIÓN BIBLIOTHECA SALMANTICENSIS

Serie Humanidades 1

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHEF

Rosa M.ª Herrera García. Universidad Pontificia de Salamanca

CONSEJO ACADÉMICO – ACADEMIC ADVISORY BOARD

César Chaparro Gómez. Universidad de Extremadura

Inmaculada Delgado Jara. Universidad Pontificia de Salamanca

Santiago García-Jalón de la Lama. Universidad Pontificia de Salamanca

Juan Pedro Monferrer-Sala. Universidad de Córdoba

Francisco José Udaondo Puerto. Universidad de Salamanca

BIBLIOTHECA SALMANTICENSIS
Serie Humanidades 1

SOBRE EL ESTADO DEL ALMA

Estudio, traducción y notas
de Manuel Mañas Núñez

CLAUDIANO MAMERTO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

SALAMANCA
2022

Esta Editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE), lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones.



SOBRE EL ESTADO DEL ALMA. Estudio, traducción y notas de Manuel Mañas Núñez / Claudiano Mamerto, Universidad Pontificia de Salamanca - Salamanca: Servicio de Publicaciones, Universidad Pontificia de Salamanca, 2022.

197 p.; 17 x 24 cm.

D. L. S. 19-2023 - ISBN 978-84-17601-59-1

En cubierta: Rueda del final del libro de Mamerto donde se resume toda su doctrina sobre el estado del alma. Está tomada de *Claudiani Mamerti Opera* (Ed. Augustus Engelbrecht), *Vindobonae, apud C. Geroldi Filium Bibliopolam Academiae, 1885, p. 197.*

© Servicio de Publicaciones

Universidad Pontificia de Salamanca

Compañía, 5 • Teléf. 923 27 71 28

publicaciones@upsa.es • www.publicaciones.upsa.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com <<http://www.conlicencia.com>>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

I.S.B.N.: 978-84-17601-59-1

Depósito Legal: S. 19-2023



Financiado por
la Unión Europea

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Economía, Ciencia y Agenda Digital

Obra financiada por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional y la Junta de Extremadura (Consejería de Economía, Ciencia y Agenda Digital) mediante la ayuda IB20180.

ÍNDICE

ESTUDIO INTRODUCTORIO

1. La Galia tardoantigua	9
2. Fausto de Riez y Claudiano Mamerto	13
3. La epístola <i>Quaeris a me</i> de Fausto	15
4. Los argumentos del <i>De statu animae</i> de Claudiano	18
5. El método lógico-retórico de Claudiano	25
6. Las fuentes del <i>De statu animae</i>	31
7. Sidonio, entre Fausto y Claudiano	33
8. Claudiano y el rétor Sapaudo	37
9. Nuestra traducción.....	41
Bibliografía.....	43

TRADUCCIÓN

<i>Epístola de Fausto</i>	47
Claudio Mamerto, <i>Sobre el estado del alma</i> :	
Prefacio.....	61
Libro I.....	63
Libro II	115
Libro III.....	151
Epílogo	177

ANEXOS

Claudiano Mamerto, *Dos epístolas*:

Epístola I, al obispo Sidonio 185

Epístola II, al rétor Sapaudo..... 191

Índice de nombres 195

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Claudiano Mamerto (ca. 425-472), orador, dialéctico, poeta, comentarista de textos filosóficos, geómetra y músico, dotado de gran acervo cultural griego, latino y cristiano, según Sidonio Apolinar (*Epist.* 4.11), fue uno de los últimos representantes de la literatura clásica grecolatina en la Galia, escribiendo en un latín de tono arcaizante un tratado en tres libros *Sobre el estado del alma* y exhibiendo un conocimiento global de la filosofía griega, especialmente la neoplatónica, que quizás adquirió de segunda mano a través de la lectura de autores como Porfirio.

Nacido a finales del primer cuarto del siglo V en el sureste de la Galia, romano de nacimiento y cristiano por el bautismo, vivió en un mundo en crisis, en una Galia asediada por los bárbaros que profesaban el arrianismo y en un Imperio Romano cristiano incapaz de mantener el orden y que estaba a punto del colapso y del derrumbe. Quizás por ello sintió profundos intereses por la investigación filosófica y teológica y, aunque no era una de las figuras intelectuales más importante del momento, quiso mostrarnos su espíritu resistente e infatigable frente a la oscuridad que se cernía sobre el mundo occidental y seguir la senda de Agustín de Hipona, que tantos esfuerzos había consagrado para transformar el mundo romano en cristiano (Cain 2016: 31). Para comprender, pues, el ambiente en el que Claudiano Mamerto escribe su libro sobre el alma, creemos que resulta crucial conocer el mundo en el que vivió y escribió.

1. La Galia tardoantigua

En el siglo V de nuestra era el Imperio romano estaba sufriendo las invasiones bárbaras y, por ello, el mundo occidental se hallaba inmerso en un profundo, radical y violento proceso de transformación que iba a propiciar la alteración de la distribución poblacional de Europa y, a la postre, la caída y fin del Imperio romano de Occidente en 476¹.

1 Sobre el contexto histórico, político y social de la Galia tardoantigua, pueden verse Mathisen 1991 y 1993; Février 1993; Harries 1994; Mascoli 2010; Brown 2012; Hernández 2015: 10-29.

Los visigodos, bajo el mando de Alarico I, habían invadido la península itálica y saqueado Roma en el año 410; más tarde, en torno al año 430, se habían asentado ya en el valle del Garona, entre Burdeos y Toulouse, para establecerse así en el sur de la Galia, con capital propia en Toulouse, como federados de Imperio romano y extenderse hasta Hispania. Los vándalos, suevos, alanos y burgundios habían cruzado el Rin en el año 406, invadiendo y devastando la Galia, para asentarse finalmente en Hispania, salvo los burgundios, que se quedaron en el valle del Ródano. Los vándalos, comandados por Genserico, pasaron el estrecho de Gibraltar y se adueñaron de la África romana, ubicando su capital en Cartago y marchando desde allí a la conquista del Mediterráneo romano (Baleares, Sicilia, Córcega, Cerdeña, etc.), hasta lograr saquear Roma en el 455. Por el lado oriental, el rey huno Rugila cruzó el Danubio en el 422; sus sobrinos Bleda y Atila, mientras tanto, rompieron la paz con los romanos y los derrotaron en varias batallas y llegaron a cercar Constantinopla; pero cuando Atila, tras morir —quizás asesinado por él— su hermano Bleda, pasó a acaudillar en solitario a los hunos, venció a los romanos en 447 en la batalla del río Uto (Vit, en Bulgaria), devastó Grecia y continuó sus propósitos expansionistas; el avance del llamado “azote de Dios” era imparable, pues los hunos habían entrado en la Galia en el año 451, por lo que Aecio y el rey visigodo Teodorico I crearon una alianza romano-visigoda para detenerlos y vencerlos en la batalla de los Campos Cataláunicos. No obstante, al año siguiente Atila volvió a atacar, invadiendo y saqueando Italia, hasta llegar a la misma Roma.

Roma estaba herida de muerte, no sólo por las invasiones bárbaras, sino también por las incesantes luchas intestinas, conjuras, traiciones, asesinatos y usurpaciones del poder. En efecto, Aecio, general e influyente líder político en el que el Imperio fundaba sus esperanzas de recuperación, había sido asesinado en 454 por el emperador Valentiano III. Valentiniano, por su parte, encontró la muerte en 455 a mano de dos conspiradores, Optila y Traustila, que lo mataron quizás para vengar la muerte de Aecio y tal vez pagados por Petronio Máximo, influyente senador y *praefectus urbi*. Petronio Máximo, que se autoproclamó emperador, murió a los dos meses asesinado por los vándalos de Genserico, que habían arribado en Italia y saqueado Roma durante dos semanas en mayo-junio de 455. Como Valentiniano carecía de herederos varones que lo pudieran suceder, los senadores galorromanos, apoyados por el rey visigodo Teodorico II, declararon a Avito emperador *in absentia* en julio de 455. Pero Avito, que introdujo a muchos aristócratas galorromanos en la administración romana, apenas aguantó quince meses en el trono, pues la

nobleza tradicional de Roma estaba descontenta con la promoción de tantos aristócratas galorromanos, los vándalos mantenían el bloqueo naval sobre Roma, las arcas públicas estaban vacías y el propio Avito, ya impopular, hubo de prescindir de su guardia visigoda: todo ello lo aprovecharon los militares Ricimero y Mayoriano para rebelarse contra el emperador, vencerlo en Piacenza y deponerlo. Avito salvó la vida al aceptar convertirse en obispo de Piacenza. Mayoriano, entonces, aprovechando la caída de Avito, el descontento de la aristocracia itálica, la falta de autoridad en el Imperio occidental y la reciente muerte del emperador oriental Marciano, se erigió emperador en 457 apoyado por Ricimero. Y si el propio Ricimero, astuto y poderoso, aupó a Mayoriano al poder, fue también él quien lo depuso al cabo de cuatro años (en 461), para poner al frente del Imperio a Libio Severo, otro emperador al que poder manejar y al que, de hecho, según algún autor (Cassiod., *Chron.* 1280), lo envenenó en 465. Tras un interregno de dieciséis meses, el emperador oriental León I, con el beneplácito de Ricimero, coronó en Occidente a Antemio (467-472), durante cuyo reinado la Galia perdería numerosas ciudades que pasaron a manos de los visigodos abanderados por Eurico; tampoco Antemio tuvo éxito en su campaña de recuperar el norte de África, sucumbiendo en el intento ante los invencibles vándalos capitaneados por Genserico. En julio de 472 Antemio, enfrentado en guerra civil con Ricimero, moría decapitado al tiempo que Roma caía en manos de su oponente. El Imperio de Occidente, ya agonizante, resistió aún cuatro años más dirigido por los efímeros emperadores Olibrio, Glicerio, Julio Nepote y Rómulo Augusto. Entretanto, entre 471-474, los contingentes visigodos, comandados por Eurico, que había roto la alianza con Roma, se esforzaban por conquistar la Auvernia y la Narbonense, las dos únicas regiones galas que seguían bajo la autoridad imperial de Roma. En 475, el imperio romano, representado por cinco obispos (Epifanio de Pavía, Basilio de Aix, Leoncio de Arlés, Fausto de Riez y Greco de Marsella), pactó con los visigodos la cesión de Auvernia a cambio de reconquistar las plazas de Marsella y Arlés, que tan sólo dos años después Eurico volvería a recuperar.

En este Imperio tambaleante, la Galia tardoantigua mantuvo esa ideología romana aristocrática y fervorosamente patriótica que la había convertido en el baluarte espiritual y cultural de la romanidad. Y aunque el Imperio romano era cristiano desde el Edicto de Tesalónica de Teodosio (año 380), sin embargo surgen dificultades con los invasores bárbaros y, especialmente en la Galia meridional, con los reyes visigodos, en particular con Eurico (466-484), pues profesaban el arrianismo.

En este contexto, las jerarquías eclesiásticas, sobre todo los obispos, formadas en buena parte por aristócratas romanos, alcanzarán la preeminencia política y se van a erigir en *defensores civitatis* y de la *romanitas*, que ahora aúna la tradición romana y la fe cristiana. Las fundaciones monásticas, desde Lérins a Luxeuil, se convierten en centros culturales y espirituales.

Durante el siglo V la Galia meridional, ya mayoritariamente cristiana y dominada por una aristocracia de terratenientes muy poderosa que tiene amplias ambiciones culturales y una eficiente organización escolar, gozó de un gran florecimiento literario. Y como esta zona de la Galia resulta geográficamente la más expuesta a las invasiones bárbaras que amenazan con destruir los cimientos de tal prosperidad escolar, cultural y espiritual, los escritores del momento no dudan en lamentar y denunciar tales desastres político-culturales, aunque muchos de tales intelectuales siguen escribiendo como si nada hubiera pasado: ni en las *Cartas* de Fausto de Riez y de Ruricio, ni en las obras biográficas de Constancio de Lyon y de Hilario de Arlés, ni en el *De statu animae* de Claudiano Mamerto se menciona apenas la presencia de los bárbaros. Otros, como Sidonio, mencionan continuamente a los bárbaros en sus obras, comentan cómo el Imperio, Roma y su vana administración de altos cargos se habían desmoronado y encuentran en la literatura el consuelo a este desastre, ven en el cultivo literario un activismo político y un deber patriótico para perpetuar a Roma como idea:

“Y es que, una vez abolidos ya los grados de las dignidades mediante las cuales solían ser diferenciadas las personas más elevadas de las más humildes, a partir de ahora el solo distintivo de nobleza será el conocimiento de las letras” (Sidon., *Epist.* 8.2.2).

A esta Galia meridional pertenecen los dos protagonistas del *De statu animae* de Claudiano Mamerto. Fausto de Riez, cuya epístola *Quaeris a me* impulsó a Claudiano a escribir su obra, procedía del monasterio de Lérins. El propio Claudiano se formó, y quizás nació, en Lyon, igual que Sidonio, aunque, tras convertirse al monaquismo y abandonar todas sus propiedades (Sid., *Epist.* 4.11.4 y 6), se asentó como sacerdote en Vienne para ayudar a su hermano en esta sede episcopal (Bellès 1989: 56-58).

2. Fausto de Riez y Claudiano Mamerto

Los tres libros del *De statu animae*, escritos ca. 470, constituyen la respuesta filosófica que Claudiano Mamerto ofrece a los contenidos de la epístola *Quaeris a me*, anónima, pero atribuida a Fausto de Riez y escrita ca. 468.

Fausto comienza su *Epístola* dirigiéndose, en vocativo, a un anónimo clérigo calificado como *reverendissime sacerdotum* y cuya identidad no podemos conocer ni tampoco conjeturar. Este *sacerdos*, según parece, le preguntó a Fausto sobre una cuestión de teología trinitaria y sobre la relación ontológica-cronológica entre el Padre (*ingenitus*) y el Hijo (*genitus*); la pregunta concreta fue cómo había que responder a la tesis arriana de que el Hijo debía ser posterior a la existencia del Padre. Fausto, entonces, para rebatir esta tesis arriana, compuso la epístola en cuestión, que en la moderna edición de Neri es la tercera (Neri 2011: 53-82). Este texto de Fausto tuvo cierta difusión y anduvo de mano en mano oculto bajo el anonimato, sin indicación del nombre de su autor, sin remitente ni destinatario². El propio Mamerto confiesa que conoce el contenido de esta epístola, pues, al circular este *opusculum sine auctore* entre determinados lectores interesados en el tema, éstos le han dejado ojearlo:

“Sobre si aquel conocido opúsculo, publicado sin autor y proclamado por todas partes, con todo su ejército formado en línea de batalla y luchando y trabando combate contra nosotros, ha resultado vencedor o vencido, tú, el más importante de los hombres elocuentes, tendrás que dictar la sentencia” (*Stat. an., praef.*).

Para combatir los errores teológicos de este texto anónimo, pero atribuido a Fausto de Riez, escribe Mamerto su *De statu animae*; y lo hace dando la cara, firmando su libro y dedicándoselo nominalmente a Sidonio Apolinar, para no incurrir en las mismas faltas de su supuesto oponente, que se había escondido en el anonimato de una epístola sin firma y sin indicación de remitente ni destinatario³.

Fausto había nacido en Bretaña en el primer decenio del siglo V; entró en el monasterio de Lérins ca. 424 y llegó a ser abad de dicho cenobio ca. 433, después de Onorato (obispo de Arlés desde ca. 427) y de Máximo (obispo de Riez desde ca. 433). Luego, sucediendo a Máximo, ocupó la silla episcopal de Riez ca. 457. Como

2 Cf. Engelbrecht 1891: xviii-xix; Weigel 1938: 84-86; Di Marco 1995: 37.

3 Mathisen 1989 y Brittain 2001 han estudiado el contexto histórico y filosófico en el que nace la disputa.

fue opositor de Eurico, rey visigodo y arriano, Fausto sufrió el exilio *ca.* 476 y sólo pudo regresar a su sede episcopal tras la muerte de Eurico (*ca.* 485). Fausto murió no más tarde de 495⁴.

Según cuenta Genadio (*Vir. ill.* 86), Fausto era un estudioso de las sagradas Escrituras y había compuesto diversas obras teológicas: un libro *De Spiritu Sancto*; una obra *De gratia Dei... et libero humanae mentis arbitrio*; un breve tratado *Adversum Arianos et Macedonianos*⁵; y, lo que nos interesa especialmente, un opúsculo *Adversum eos qui dicunt esse in creaturis aliquid incorporeum*, es decir, *Contra aquellos que dicen que existe algo incorpóreo entre las criaturas*, en donde, apoyándose en los testimonios de las Escrituras y en las opiniones de los Padres, pretende demostrar que no hay nada incorpóreo salvo Dios. Sigue diciendo Genadio que también se ha conservado una epístola suya *Ad diaconum quendam*, dirigida, en efecto, a un cierto diácono al que llama Greco o Griego que, apartándose de la fe católica, se había adherido a la impiedad nestoriana. El primero de estos dos últimos textos ha sido identificado con la epístola III de Fausto, la que da origen al libro de Mamerto; el segundo texto, cuyo discurso, aparte de un breve tratamiento sobre la corporeidad del alma, aborda cuestiones de distinta naturaleza, es la carta VII de Fausto, dirigida a Greco (Neri 2011: 53-54).

La cronología y vivencias de Claudiano Mamerto tampoco nos son muy conocidas. Genadio (*Vir. ill.* 86) nos ofrece una sucinta biografía suya:

Claudiano, presbítero de la iglesia de Vienne, artista de la palabra y sutil argumentador, compuso tres libros, por así llamarlos, *Sobre el estado o sustancia del alma*, donde se esfuerza en mostrar que hay algo incorpóreo además de Dios.

Sabemos que fue hermano del obispo de Vienne san Marmerto. Claudiano vivió *ca.* 425-472 (Brittain 2001: 241; De la Broise 1890: 3) en la Galia meridional, el mayor tiempo en Vienne. Recuerda con orgullo haber conocido personalmente a Euquerio, obispo de Lyon (*ca.* 434-450), y haber asistido a sus discusiones filosóficas:

“Difícilmente podría pasar por alto a Euquerio, al que conocí personalmente por asistir, mientras él vivía, a sus discusiones doctrinales y cuyas ideas no conocí de lejos por mensajeros y lecturas” (*Stat. an.* 2.9).

4 Di Marco 1995: 7.

5 Es posible admitir la reconstrucción de Rehling y considerar el *Libellus adversus Arianos et Macedonianos* como la primera parte de la carta 3 (Neri 2011: 54).

Completó sus estudios en Lyon junto con su amigo Sidonio Apolinar, más joven que Claudiano. Convirtiéndose en sacerdote, compartió con su hermano las labores pastorales de la diócesis de Vienne. Sobre su educación nos dicen sus contemporáneos, sobre todo su amigo Sidonio Apolinar, que tenía una considerable cultura filosófica y era un apasionado de las disputas filosóficas y doctrinales. En su elogio fúnebre, nos informa Sidonio (*Epist.* 4.11.6) que Claudiano era orador, dialéctico, poeta, exégeta, geómetra y músico y que tenía una vasta biblioteca llena de libros latinos, griegos y cristianos. También Sidonio le atribuye el dominio de las dos lenguas, esto es, latín y griego (*Epist.* 4.3.6), aunque de tal afirmación no se puede extraer la certeza absoluta de que conociera el griego (Militello 2005: 141). Claudiano murió *ca.* 474 y sólo nos dejó la obra de la que aquí nos ocupamos, el *De statu animae*, y dos epístolas, una a Sidonio y otra al rétor Sapaudo.

Así pues, Fausto de Riez y Claudiano Mamerto eran contemporáneos, aunque parece que era Fausto quien tenía mayor predicamento y prestigio doctrinal, pues con sus obras, ya escritas o aún en preparación, *De spiritu sancto*, *De gratia*, sus diez *Cartas* y esta epístola *Quaeris a me*, había conseguido que su opinión en materia teológica fuera relevante tanto en el mundo eclesiástico como en el ámbito laico de la esfera cultural. Claudiano, por su parte, se lanza a componer su gran obra, la única que conocemos de cierto alcance, precisamente para rebatir las tesis de Fausto, quien había sostenido la corporeidad de todas las criaturas y, por tanto, también del alma para reafirmar la trascendencia de Dios, mientras que Claudiano defenderá con diferentes argumentos la incorporeidad del alma. La intención de Claudiano era, claramente, corregir opiniones erróneas y proclamar las que para él eran las verdaderas; pero no podemos descartar que, refutando a un conocido y polémico obispo y teólogo, también buscara cierta fama filosófica, teológica y cultural.

3. La epístola Quaeris a me de Fausto

La epístola de Fausto fue escrita para responder a tres preguntas de naturaleza teológica que un anónimo estudioso le formuló al obispo de Riez. La primera pregunta, de tema trinitario, era si el Hijo es coeterno al Padre o si, tal y como sostenían los arrianos, el Hijo es posterior e inferior al Padre. La segunda cuestión tenía que ver con la epístola VII del propio Fausto, en donde se afirmaba que Dios, en